



Cuaderno  
de bitácora

# LA ANTÍGONA DE MÉRIDA

de Miguel Murillo Gómez

Esteban G. Ballesteros es un actor emeritense que vive junto al teatro romano. Muchos son los años de trabajo compartidos y de vivencias, ilusiones y proyectos variados en la nada fácil pero animosa escena extremeña. Por aquel entonces, hará cosa de año y medio, Esteban figuraba en el reparto de mi obra *Pasando revista*, un relato entre la revista, el sainete y el musical castizo que tuvimos la osadía de colocar en el Nuevo Apolo de Madrid. Esteban hacía varios papeles, desde empresario miope y rijo a marinerito con escoba. Alternaba este trabajo con las representaciones que ofrecía su compañía Las Cuatro Esquinas de otra obra mía *Yla y Lía, la puerta de las estrellas*, una historia inspirada en una fotografía que vi expuesta en el Museo Judío de Berlín y en la que aparecía una adolescente posando junto a su bicicleta. Aquella muchacha risueña de calcetines tobilleros y trenzas rubias firmaba, varias vitrinas después, una estremecedora carta de despedida dirigida a un tal Helmut, su padre berlinés no judío, que la había acogido en su casa hasta que fue deportada al campo de concentración donde moriría meses después. Uní la historia de Yla y el señor Helmut con la de Lía, la judía de Albuquerque a la que protegió un joven cristiano cuando la expulsión, y Las Cuatro Esquinas de Esteban la llevaba por los escenarios de la región con una puesta en escena muy cuidada y emotiva.

Fue por aquel tiempo cuando tuve la oportunidad de encontrarme en Mérida con Benet y Jornet y Salva Collado. En un almuerzo tras visitar el recinto del teatro, les comenté e intenté explicar el origen del magnetismo que se percibía en ese recinto romano y que años antes Theo Terzopoulos, en una visita que hizo a Badajoz, al percibir ese mismo influjo, me definió como «necesidad de exorcismo», un exorcismo jamás planteado en recintos que pocos años atrás (pocos comparados con los seculares periodos históricos transcurridos desde acontecimientos como la Guerra de Troya) habían sido testigos de hechos crueles y barbaries originadas por la Guerra Civil. El caso de Badajoz es conocido por el tratamiento que se le ha ido dando; el caso de Mérida es aún bastante desconocido y los testimonios que quedan se reducen a algún documento y a las vivencias personales de hombres y mujeres que aún recuerdan aquellos días. Félix Grande, el poeta que fuera «niño inflamado de miedo entonces y de odio a la Guerra

Civil después», según sus propias palabras, en su obra *Biografía*, publicada por Galaxia Gutenberg, nos narra los sucesos que tuvieron lugar aquel agosto de 1936 en Mérida y lo hace tomando como eje la figura trágica de su propia madre, «Recibí las pulsiones de la guerra en el vientre de mi madre...», aquella madre que cuando los aviones fasciosos bombardeaban la ciudad romana, corría a refugiarse junto a los vecinos del barrio y calles aledañas al teatro (la misma calle donde vive Esteban) en las galerías y túneles del teatro romano al abrigo de los sillares y en el vientre de piedra del monumento sacado a la luz por José Ramón Mérida años antes y resucitado para la cultura por Margarita Xirgu en 1933.

La metáfora nos cautivó desde el primer momento: aquella imagen de hombres, mujeres y niños amparados en el recinto cercano que ellos mismos y no otros habían rescatado del olvido, no solo ilustraba un capítulo sangriento de guerra, sino que por sí misma podía ser considerada como imagen ilustrativa de la fuerza del Teatro, codo con codo con las que nos llegaron no hace mucho tiempo de los teatros de Sarajevo abiertos en pleno asedio. Pero no se quedaba en simple metáfora porque aquel recinto fue asaltado y los refugiados sufrieron la sinrazón de la represalia. Según testimonios, algunos puestos en cuarentena por la crueldad que exhiben, la sangre corrió aquel verano del 36 por las gradas y la escena emeritense y, además, en ese mismo año se cerró un proyecto iniciado en 1933. Margarita Xirgu, Enric Borrás, Rivas Cheriff, etcétera, no regresarían jamás a Mérida y la lista de heroínas, «Medea», «Electra», quién sabe si «Antígona», se vio interrumpida hasta que en años posteriores los conquistadores del recinto iniciaron la reconquista de su escena con Pemán, como supremo versionista revisor, y directores como Tamayo, que lucharon denodadamente por encontrar el fantasma de la Xirgu entre la indecencia, el folclore y la censura.

Entonces escribí *La Antígona de Mérida*, aquel proyecto posible que jamás llegó a hacerse porque en 1936 la tragedia no necesitó túnicas ni sangre de *atrezzo* ni directores de escena. Y lo hice pensando en las palabras de Félix Grande y en la vocación de gentes como Esteban G. Ballesteros, actor que empezó desde la afición, y alimentado por el magnetismo de su vecino de piedra, llegó a vestirse

de marinerito con escoba en una obra mía. Y lo hice pensando en Mérida. ¿No habíamos colocado como telón de fondo para justificar tragedias, destinos divinos, miserias y grandezas humanas, todo tipo de guerras, desde Troya, Sarajevo, Palestina..., en las diferentes ediciones del Festival de Mérida? ¿Por qué cuando se cumplían 75 años de aquel 11 de agosto, el telón de fondo no podía ser el propio lugar protagonista de los hechos?

En *La Antígona de Mérida* hay una mujer, Margarita, que busca a su hermano muerto en la batalla del Puente Romano, miliciano, o sea, vencido, cuyo cadáver no debe tocarse por orden de Bando de Guerra, que no debe honrarse porque es un vencido. Alguien me ha reprochado que en mi obra solo hablo del hermano vencido, mi Pedro-Polinices, y que nada digo de la muerte que se dieron, que no hablo de Eteocles. ¿No quedamos en que junto al muerto vencido de nuestra Guerra Civil estaba el cadáver del hermano muerto del bando vencedor? ¿No fue una guerra fratricida?

Esteban G. Ballesteros me comentó poco después del estreno, el 8 de julio de este año, que comentando la obra con unas vecinas de su calle, la calle aledaña, una de ellas le dijo que existió una tal Margarita que recorrió el Puente Romano buscando el cadáver de su hermano muerto en la batalla para darle sepultura. Mi personaje se llama Margarita, pero mi intención era asociarla a la Xirgu. El magnetismo del teatro llegaba hasta Esteban en los labios de una mujer del pueblo.

Un maestro jubilado, un ciego que quiere ser actor y se sabe todos los papeles trágicos de memoria, una niña que cose vestuario para funciones de aficionados, una aspirante a actriz, Margarita, que tiene un hermano miliciano muerto, un falangista enamorado de Margarita, un miliciano preso, un capitán de las tropas de la Legión de Yagüe que junto a los moros de Regulares acaba de entrar en Mérida, un escenario que sirve de lugar de detención para estos actores aficionados que pagarán con su vida haber colaborado con la Xirgu en aquellas representaciones del 33 y del 34..., un pueblo herido son los protagonistas de mi obra.

Cuando el texto llegó a manos de Blanca Portillo, directora del Festival de Mérida, y llegó de las manos de la otra directora, Chusa Martín, me ofrecieron la oportunidad de abrir el Festival del 75 aniversario de aquellos hechos. Nunca nadie fue tan generoso conmigo a la hora de darme una oportunidad teatral. Esa generosidad se tradujo en un reparto excepcional con Bebe, Helio Pedregal, Pepe Viyuela, Celso Bugallo, Esteban G. Ballesteros, Pepa Gracia, Simón Ferrero, José A. Lucía, y una treintena de figurantes, bailarines, banda de música, etc., que bajo la batuta de Helena Pimenta (¡cuánto tengo que agradecer a Helena, que ha sido la encargada de dar vida a los personajes de este exorcismo!), revivieron este homenaje a Mé-

rida y al teatro. Esa generosidad llegó al público que cada noche refrendaba la metáfora puesto en pie con aplausos que estremecían (a mitad de la obra y cuando el viejo maestro para animar a sus compañeros les pide que recuerden la salva de aplausos que la noche de la Xirgu, con Azaña delante, atronó ese espacio, y les dice que, aunque las gradas estén vacías ese aciago día, aún está el eco del público, los espectadores rompían a aplaudir para acompañar sus palabras), pero no llegó a otros lugares, al palco de autoridades concretamente (Rosana Torres dijo en su crónica del estreno para *El País* que mientras todo el público y los representantes del Ministerio de Cultura —menos la ministra, que, aunque estuvo en Mérida horas antes para la toma de posesión del presidente de la Junta, no asistió a la apertura del Festival; no sé si le importará un bledo, dado que soy autor de teatro, pero no se lo perdonaré en la vida— aplaudían, había unas autoridades que parecían darse cremita en las manos). Lo que escribí y vi representado como homenaje a una ciudad y a una pasión, que es la mía desde hace más de treinta años, no tuvo entidad lírica, ni capacidad teatral, ni eso que aprendí de María Zambrano y que tiene que ver con la capacidad de los humanos para salvar el destino a través de la poesía, no llegó a un grupo de personas, con el alcalde de Mérida a la cabeza, que no solo no aplaudieron, sino que en la recepción posterior sugirieron a Blanca Portillo y al Festival que ese tipo de obras dejaran de venir a la programación de Mérida. Terrible exhibición de poder, cinco personas frente a mil, cinco opiniones frente a algo que no era opinión, ni declaración política, ni dogmatismo. Yo solo quería rendir homenaje a mi amigo Esteban, a la madre de Félix, a las gentes de teatro que siempre estamos en esa frontera entre la subvención y lo políticamente correcto, a las mujeres que desean enterrar de una vez el cadáver de un hijo, ya sea Eteocles o Polinices.

En noches posteriores pude comprobar que *La Antígona de Mérida* no solo incomodaba al señor alcalde y sus acompañantes, sino que desde el partido político opuesto también había gentes que me reprochaban lo mismo. El exorcismo sigue sin hacerse y corremos el riesgo de ver de nuevo la escena del teatro romano de Mérida sepultada bajo toneladas de basura, de ignorancia, de manipuladas versiones y criterios económicos. Ojalá que Blanca Portillo, con Chusa, impida que se suban a esa escena las comparsas de la Esteban (Belén), ojalá logren en una nueva edición que un cómico emeritense que vive junto al teatro y que actúa en otra obra mía vestido de marinerito con escoba, Esteban (G. Ballesteros, que no Belén), vuelva a ahogarse en un sollozo cuando se despida de un viejo maestro jubilado y camine hacia la inmortalidad, que justamente está en dirección a su casa, una casa baja de una calle aledaña desde la que se escuchan desde hace siglos las últimas palabras de Antígona frente a Creonte. ■

## La Antígona de Mérida

[ fragmento ]

### Acto segundo

*(Los vencedores celebran su victoria con verbenas populares; hasta el anfiteatro y el teatro llegan músicas de pasodobles. Parece como si una fiesta lejana quisiera ocultar el siniestro silencio que se ha apoderado del monumento.*

*También se siguen escuchando las descargas junto a los muros y de vez en cuando algún toque de ordenanza rompe la noche.)*

### Escena primera

*(El escenario está vacío. DIMAS, PRUDENCIO e ISABEL no se encuentran junto a la fogata.*

*Llega el CAPITÁN SIERRA, que aguarda en el centro de la escena contemplando las columnas, los graderíos y las estatuas que ornán el conjunto.*

*Entra el SOLDADO I.)*

**SOLDADO I.** *(Se cuadra ante el CAPITÁN SIERRA.)* ¡A sus órdenes, mi capitán! La detenida está aquí.

**CAPITÁN.** *(Señala una de las columnas.)* Antes no estaban en este lugar... Algunas de estas columnas pertenecían al Circo. ¿Lo sabías?

**SOLDADO I.** No, mi capitán.

**CAPITÁN.** Todo esto se edificó para esparcimiento de las tropas romanas, de las legiones romanas. Resulta que en las campañas contra no sé qué bárbaros necesitaban descansar, divertirse... como nosotros... ¿No te parece?

**SOLDADO I.** Como nosotros, mi capitán.

**CAPITÁN.** *(Señala los ecos de las músicas que llegan desde lejos.)* Y por lo que estoy escuchando, tampoco lo hacen mal nuestros compañeros...

**SOLDADO I.** Con su permiso, mi capitán; en cuanto acabe mi guardia, pienso ir con los otros a una de esas verbenas. Parece que toda la ciudad es una fiesta.

**CAPITÁN.** Claro que sí, soldado. Lo tenéis merecido... Pero con cuidado. No debemos bajar la guardia, porque estos cabrones no están del todo derrotados... Salen hasta de debajo de las piedras... ¿O no recuerdas lo que nos encontramos cuando entramos en este teatro...?

**SOLDADO I.** Eran viejos, mujeres y niños que corrieron a esconderse por esos túneles...

**CAPITÁN.** Habla con propiedad, chico... Vomitorios... Ese maestro sabe mucho sobre estas piedras y me ha dicho que esos túneles se llaman vomitorios... Y esa puerta grande, la del centro... Se llama *valva regia*...

**SOLDADO I.** Eran vecinos que buscaron refugio en esos... vomitorios... cuando la aviación empezó a despejarnos el camino... Nada peligrosos.

**CAPITÁN.** *(Terrible.)* Eran enemigos de la patria.

**SOLDADO I.** Pero eran sólo viejos y niños..., mi capitán.

**CAPITÁN.** ¿Qué te ocurre, soldado? ¿Te remuerde la conciencia? Porque si es así, ya estás corriendo a ver al páter y te confiesas... Cuando entramos aquí, todo esto parecía estar vacío... A la hora de instalar este campo de detención, mientras nos ocupábamos de dejarlo listo..., alguien disparó... y uno de los nuestros, un compañero tuyo, no lo olvides, cayó fulminado...

**SOLDADO I.** El disparo vino de la calle..., de una casa de enfrente...

**CAPITÁN.** Lo que interesa es que vino un disparo... Y lo que interesa más es que nos encontramos con la sorpresa de que en esas madrigueras o vomitorios..., o como coño se llaman..., había docenas de individuos escondidos... ¿Por qué se escondían? Quien no ha hecho nada, nada ha de temer...

**SOLDADO I.** Pero esas niñas... Eran unas niñas... ¿Teníamos que hacer con ellas lo que hicimos?

**CAPITÁN.** Es la guerra, hijo... Un soldado de los nuestros, tú mismo, vales por cien perras rojas... No lo olvides... ¡Es una orden!

**SOLDADO I.** *(Se cuadra.)* ¡A sus órdenes, mi capitán! No lo olvido.

**CAPITÁN.** Y tampoco olvides lo que te estaba contando... Que no sólo de pan vive el hombre. Si este lugar se construyó para la Historia, bien vale que nos vayamos enterando de esa Historia.

**SOLDADO I.** ¡Como usted ordene, mi capitán!

**CAPITÁN.** ¿Y la detenida?

**SOLDADO I.** Espera ahí, mi capitán...

**CAPITÁN.** Pues ya estás trayéndola...

*(El SOLDADO I sale.)*

### Escena segunda

*(El CAPITÁN SIERRA se sienta en la base de la columna y espera. Al rato llegan SOLDADO I y SOLDADO II conduciendo a MARGARITA, una hermosa joven, hermana de ISABEL, que viene con las manos atadas a la espalda y signos de haber sido maltratada en los interrogatorios.)*

**CAPITÁN.** *(Al SOLDADO II.)* Desátale las manos.

*(El SOLDADO II desata a MARGARITA.)*

**CAPITÁN.** Voy a ser breve, Margarita, muy breve... En tus manos está la posibilidad de seguir aquí hasta que todo acabe... o marcharte a una de esas verbenas. Seguro que en tu barrio todas las chicas de tu edad están bailando con nuestros guapos y valientes soldados. *(A los dos SOLDADOS.)* Mira..., estos dos estarían encantados en echarse una pieza contigo. ¿O no?

*(Los SOLDADOS se miran con gesto divertido.)*

**MARGARITA.** ¿Y mi hermana Isabel?

**CAPITÁN.** Despacio. No hay que precipitarse... Una cosa es ir al grano y otra muy distinta adelantarse a los acontecimientos... Vamos por partes. ¿Quién te ordenó acercarte a esos cadáveres?

**MARGARITA.** Tenía que enterrar dignamente a mi hermano Pedro. No necesito que nadie me lo ordene.

**CAPITÁN.** Muy humanitario por tu parte, digno del amor fraternal... ¡Sí señor! Pero una cosa es enterrar a un hermano incluso incumpliendo la ley... y otra muy distinta quitarle a los cadáveres los documentos de filiación...

**MARGARITA.** Yo no he quitado ningún documento.

**CAPITÁN.** ¿Sabes lo que dice la ley?

**MARGARITA.** Lo sé.

**CAPITÁN.** ¿Y a pesar de saberlo, te atreviste a incumplirla?

**MARGARITA.** No podía consentir que el cuerpo de mi hermano permaneciese tirado en ese puente para que los perros hambrientos y los cuervos lo devorasen. Era un soldado...

**CAPITÁN.** Un comunista.

**MARGARITA.** Un soldado. Como usted. Y un soldado que ha dado su vida en el combate, no puede ser tratado peor que un perro.

**CAPITÁN.** Eres terca..., muy terca, Margarita.

**MARGARITA.** Sólo sigo lo que mi corazón me indica.

**CAPITÁN.** Y piadosa.

**MARGARITA.** No se confunda. Esto no tiene que ver con la piedad. Mi religión se guía por lo que mi corazón me dicta, por los sentimientos... ¿Acaso usted no tiene sentimientos?

**CAPITÁN.** ¡Claro que sí, mujer! Soy un soldado, pero también una persona...

**MARGARITA.** Una persona que hace muy poco tiempo no ha tenido ningún escrúpulo para violar o dejar que violaran a niñas y ancianas en este mismo lugar... ¿Esos son sus sentimientos? ¿Quién le dicta a usted ese tipo de actos?

**CAPITÁN.** Soy, ante todo, un soldado... Y me debo a las razones de la ley..., de mi patria... Por encima de esos sentimentalismos que están muy bien para mujeres como tú... hay una norma esencial..., el servicio a la patria... Cumplo con mi obligación...

**MARGARITA.** Y yo con la mía...

**CAPITÁN.** Entonces, no se hable más... Sabes muy bien lo que te espera. No podemos consentir ninguna negligencia. ¿Qué crees que es una guerra? Hemos vencido, sí, pero ¿qué ocurrirá si nos descuidamos, si dejamos a esta ciudad sin vigilancia? Yo te lo respondo... Que tú y gentes como tú tardaréis muy poco en lanzaros sobre nosotros cuando más descuidados estemos... El primer ejemplo lo conoces muy bien... Cadáveres anónimos... Se les quita la filiación y nadie sabe quiénes son los traidores... Por eso existe la ley, y la ley condena estas traiciones con la muerte. Es lo que te espera.

**MARGARITA.** Y lo acepto...

**CAPITÁN.** (*Paternalista.*) Margarita... Margarita... Una mujer como tú, hermosa, joven..., que tiene toda la vida por delante, no merece acabar así por una simple obstinación... No seas terca, mujer... Tú me dices quiénes son los que te ordenaron ir hasta el puente y yo te dejo libre ahora mismo... Libre para que te marches a celebrar la fiesta. No añadas más dolor a este día...

**MARGARITA.** Yo no soy responsable del dolor que causa este día...

**CAPITÁN.** Quienes te ordenaron que fueses al puente para eliminar cualquier rastro y evitar que tomásemos represalias



Pase general de *La Antígona de Mérida*.

te han abandonado, Margarita. Unos están detenidos y otros han huido dejándoos en la estacada. Ése es el valor y el coraje del... (*Con asco y sorna.*) Ejército del Pueblo... Ése es el coraje de unos canallas que no dudan en salir corriendo y dejar a unas pobres mujeres como tú cargando con sus responsabilidades... ¿Qué te parece?

**MARGARITA.** Le repito que nadie me ha ordenado nada. Yo sólo he seguido los dictados de mi corazón. Algo que desde niña me enseñaron y que está por encima de cualquier ley... No entiendo de leyes..., pero sé distinguir perfectamente entre lo que está bien y lo que está mal...

**CAPITÁN.** ¿Aunque pongas en peligro a tu propia familia?

**MARGARITA.** ¿De qué me está hablando?

**CAPITÁN.** Sabes muy bien de qué te hablo.

**MARGARITA.** ¡Canallas! ¿Dónde está mi hermana?

**CAPITÁN.** Tranquila. Vas a ver a tu hermana. Y vais a tener tiempo para despediros. Ya ves, yo también tengo razones del corazón y me dicen que uno no puede dejar de concederle a nadie la gracia de abrazar por última vez a su hermana. Aunque te repito que está en tus manos hacer que vuestra suerte cambie. Piénsalo bien, Margarita. Y rápido. (*Señala hacia los ecos de la música.*) Aún tendrías tiempo para acercarte a las verbenas y bailar con estos muchachos.

(*El CAPITÁN SIERRA sale acompañado por los dos soldados...*)